En un lejano país había un señor feudal, cuyo poderío sólo era equiparable a su crueldad. En su territorio imperaba su ley y a los campesinos incluso les estaba prohibido mencionar su nombre. El pueblo vivía oprimido por los alguaciles que él designaba y agobiado por los recaudadores de impuestos, que les quitaban las pocas monedas que podían obtener vendiendo sus cosechas, sus vinos o sus trabajos de artesanías.

Nolav, que así se llamaba el señor, tenía un poderoso ejército del que cada tanto surgían algunos jóvenes oficiales que intentaban algún motín para derrocarlo... Pero el Tirano doblegaba todos esos intentos a sangre y fuego.

El sacerdote del pueblo era tan bondadoso, como malvado el gobernante. Un hombre respetuoso de su fe, que dedicaba su vida a ayudar a otros y a enseñar lo mucho que sabía.

Vivían con él en su casa 15 a 20 discípulos, que seguían su camino, aprendían de cada gesto y de cada palabra del maestro. Un día, después de la oración matinal, el viejo maestro reunió a sus discípulos y les dijo:

— Hijos míos, debemos ayudar a nuestro pueblo. Ellos podrían luchar por su libertad, pero el Señor de esta tierra les ha hecho creer que él tiene demasiado poder para que los hombres y mujeres se atrevan a enfrentarlo. El miedo hacia Nolav ha crecido con ellos y a menos que hagamos algo, morirán esclavos.

— Lo que tú digas será hecho –contestaron al unísono.

— ¿Aunque os cueste la vida? –preguntó el maestro.

— ¿Qué es la vida si uno, pudiendo ayudar a su hermano, no lo hace? –contestó uno de los discípulos que hablaba como vocero de todos.

Llegó el quinto día del tercer mes. Ese día se festejaba en el palacio el cumpleaños del amo. Y por única vez en el año, el Señor de la Tierra paseaba en su carruaje y por el pueblo.

Rodeado por una fuerte custodia y ataviado con trajes bordados en oro y piedras preciosas, Nolav empezó su paseo esa mañana. Un bando oficial ordenaba que todos los campesinos se postraran ante el paso del carruaje real, en señal de respeto.

Para sorpresa de todos, a pocas calles del palacio el carruaje pasó ante una casa y uno de los súbditos permaneció de pie. Los guardias lo detuvieron inmediatamente y lo llevaron ante el Señor.

— ¿No sabes que debes inclinarte? -dijo el rey.

— Lo sé, Alteza -contestó el súbdito.

— Pero no lo has hecho.

— No, no lo he hecho.

— ¿Sabes que te puedo condenar a muerte por esto?

— La verdad es que eso espero, Alteza.

A Nolav le sorprendió la respuesta, pero no se intimidó.

— Bien, si esta es la forma en que quieres morir, al atardecer el verdugo se ocupará de tu cabeza.

— Gracias, mi señor –dijo el joven y se arrodilló sonriente.

De entre la multitud, alguien gritó.

—Mi Señor, mi Señor, ¿puedo hablar?

El dictador le permitió acercarse.

— Dime.

— Permitidme mi señor que sea yo y no él, el que muera el día de hoy.

— ¿Estás pidiendo ser ejecutado en su lugar?

— Sí Señor, por favor, siempre os he sido fiel. Permitídmelo, por favor.

El amo se sorprendió y preguntó al condenado:

— ¿Es pariente tuyo?

— No, no lo he visto Jamás en mi vida. -dijo el condenado- No le permitas reemplazarme, la falta es mía y es mi cabeza la que debe rodar.

— No, Alteza, la mía.

— No, la mía.

— La mía, la mía.

— Silencio –gritó el Señor— puedo complaceros a los dos después de todo. Ambos serán decapitados.

— Bien, Alteza, pero como he sido el primer condenado -dijo uno de ellos- creo que tengo derecho de morir primero.

— No, Señor ese privilegio me pertenece a mí, porque ni siquiera he ofendido a su Alteza.

— Basta ya, -gritó otra vez Nolav- ¿Qué es esto? Callaos y os concederé el privilegio de ser ejecutados a la vez, hay más de un verdugo en esta tierra.

Una voz se alzó entre la multitud.

— En ese caso, Señor, yo también quiero estar en la lista.

— Y yo, Señor -dijo alguien más.

— Y yo -dijo una mujer al costado.

¡El Señor feudal estaba atónito! No entendía qué estaba pasando. Y si había algo que ponía de mal humor al dictador era no entender lo que sucedía. Cinco jóvenes sanos pedían ser decapitados y eso, eso era algo incomprensible. Entrecerró los ojos para reflexionar. En pocos segundos tomó una decisión.

No quería que sus súbditos pensaran que le temblaba el pulso. Habría cinco verdugos. Pero cuando abrió los ojos y miró a la gente que estaba reunida a su alrededor, ya no eran cinco sino más de diez las voces de los que reclamaban ser ejecutados y las manos seguían levantándose. Esto era demasiado para el poderoso Señor Feudal.

— ¡Basta! –gritó— se suspenden todas las ejecuciones hasta que yo decida quiénes van a morir y cuándo.

Entre las protestas y los reclamos de los que querían morir, el carruaje regresó al palacio.

Una vez allí, Nolav se encerró en sus habitaciones y se dedicó a pensar en el tema. De pronto, se dio cuenta de que necesitaba ayuda. Mandó a llamar al sacerdote, él tenía que saber algo sobre aquella locura colectiva. Rápidamente salieron a buscar al anciano y lo trajeron ante el Señor Feudal.

— ¿Por qué tu pueblo se pelea por ser ejecutado? -preguntó el rey.

El anciano no respondió.

— ¡Responde!

Silencio.

—Te lo ordeno.

Silencio.

— No me desafíes. ¡Tengo maneras de hacerte hablar!

Silencio.

El anciano fue llevado a la sala de torturas y sometido a los peores tormentos por horas, pero se negó a hablar. El tirano mandó a sus guardias al templo a buscar a algunos de sus discípulos. Cuando varios de ellos estuvieron allí, les mostró el cuerpo dañado del maestro y les preguntó:

— ¿Cuál es la razón de que los hombres quieran ser ejecutados?

Con un hilo de voz, el anciano sacerdote exclamo:

— Les prohíbo hablar.

El Señor de la Tierra sabía que no podría amenazar con la muerte a ninguno de los que allí estaban, así que les dijo:

— Haré sufrir a su maestro los peores dolores que un hombre haya concebido. Y los obligaré a presenciarlo. Si aman a este hombre, díganme el secreto y luego todos podrán irse.

— Está bien –dijo uno de los discípulos.

— Cállate –dijo el anciano.

— Continúa –dijo Nolav.

— Si alguien muere ejecutado el día de hoy... –empezó el discípulo...

— Cállate –repitió el anciano—. Maldito seas de tu pueblo si revelas el secreto...

El Señor hizo un gesto y el viejo recibió un golpe que lo dejó inconsciente.

—Sigue o el castigo continuará –ordenó.

—El primer hombre que muera ejecutado en el día de hoy, después de la puesta del sol, se volverá inmortal.

— ¿Inmortal? ¡Mientes! –dijo Nolav.

— Está en las Escrituras –dijo el joven, y abriendo un libro que traía en su bolso, leyó el párrafo que lo confirmaba.

¡Inmortal!, pensó el Señor Feudal, inmoral... Lo único que el dictador temía era la muerte y aquí estaba la posibilidad de vencerla. Inmortal, pensó otra vez.

El Señor no lo dudó, pidió papel y pluma y ordenó su propia ejecución.

Todos fueron echados del palacio y al caer el sol, Nolav fue ejecutado según su propia orden. Así, el pueblo se libró de su opresor y se levantó para luchar por su libertad. Algunos meses después, todos eran libres.

Al señor Feudal, nunca más nadie lo volvió a mencionar, salvo la noche de su ejecución cuando los discípulos, curando las heridas de su maestro, recibían de él su bendición, por haber arriesgado sus cabezas y también su felicitación por esas maravillosas actuaciones.

¿Por qué el Señor Feudal creyó una mentira como esa? ¿Por qué fue capaz de ordenar su propia ejecución, por una historia que le contaban sus enemigos? ¿Por qué cayó en la trampa del maestro?

Hay una sola respuesta: ÉL QUERÍA CREERLO. Él quería pensar que era cierto.

El rey quería pensar que la mentira era cierta porque ese era su deseo.

Y ésta, es una de las verdades increíblemente inmovilizadoras que yo haya conocido en toda mi vida. Creemos algunas mentiras por muchas razones, pero sobre todo porque queremos creerlas. ¿Por qué te obsesionas con el que TE miente ¡Te obsesionas porque tú querrías creer que lo que te dice es siempre cierto!

NADIE TIENE MÁS POSIBILIDADES DE CAER EN UN ENGAÑO QUE AQUEL A QUIEN LA MENTIRA LE AJUSTA CON SUS DESEOS.